

# La página viva ...Y de todos los rostros olvidados

José de la Colina

*Orestes o la huida en el frenesí de errar eternamente; y de nuevo la tierra, la siembra, los frutos, y la cosecha madura y reposada, y las grandes flores, las suntuosas flores, las extrañas y desconocidas flores.*

*¿Dónde descansará el fatigado? ¿Cuándo retomará al hogar el solitario de corazón? ¿Qué puertas se abren al peregrino? ¿Y quién de nosotros hallará a su padre y conocerá su rostro, y en qué lugar, en cuáles tierras? ¿Dónde?*

*Allí donde para siempre pueda morar el de corazón fatigado, allí donde encuentre la paz el cansado de caminar y pueda acallar su inquietud, su fiebre y su furor.*

*¿De quién es la tierra? ¿La deseábamos para errar siempre por ella? ¿La queríamos para no descansar nunca? Aquél que la requiera la tendrá: se hallará quieto en ella, descansará en uno de sus rincones, yacerá en un pequeño espacio por siempre.*

*¿Necesitó tanto los miles de idiomas que los buscó a través de la inquietud, del horror y la multitud en miles de calles frenéticas? Ya no necesitará una sola palabra. Ninguna palabra necesitará dentro de la silenciosa tierra: nada dirán sus labios quietos, y la fría mirada del reptil vigilará desde las cuencas de los ojos en la oscuridad del cráneo; y ya no gritará el ahora ausente corazón del que desbordaba la vida.*

*La tarántula se arrastra por las carcomidas tablas del féretro, la serpiente habita el esqueleto, los cálices están volcados. Pero la tierra prevalecerá. La flor del amor vive solitaria y las raíces del olmo bajan hasta el sepulcro de los amantes y enlazan sus huesos.*

*Se descarna la lengua, se pudre el muerto corazón, los gusanos horadan túneles en la carne yacente, pero la tierra prevalecerá. La pelusa cubre el pecho del enterrado y las imperecederas flores de la muerte brotan del cráneo en el que habitó el pensamiento.*

*¡Oh flor del amor, tus fuertes labios nos chupan hasta matarnos y te hallamos en las cosas fugaces y lejanas que nos hechizaron durante miles de días! El pensamiento enloquecerá, el corazón se retorcerá torturado por el beso, pero, ¡aleluya!, el amor seguirá, inmortal y aislado y herido en la inmensidad, y le gritaremos: ¡Tú nono huyes de nuestra soledad!*

Thomas Wolfe, *Del tiempo y el río*.  
(Versión de José de la Colina).

\*\*\*

Se diría que esta primera página de *Of Time and the River*, del norteamericano Thomas Wolfe (1900-1938) —un escritor que compartió el tiempo de la “generación perdida”: la de Hemingway, Scott Fitzgerald, Dos Passos y otros— es un profano sermón lírico o un poema en prosa que enlaza los temas de la vida en la muerte, de la muerte en la vida, de la orfandad, el autodesierto y la incesante busca del amor. Es el largo epígrafe de uno de los tramos del profuso y tumultuoso torrente narrativo de un autor que en noches y días de furioso desvelo escribía la crónica de la iniciación en la vida, en el mundo, en las letras, de su personaje hecho de materia autobiográfica: Eugene Gant.

Wolfe, como previendo que tenía pocos años por delante (moriría antes de cumplir los cuarenta), vivía para escribir, escribía sin cesar y e iba arrojando a un baúl o a un ropero las no numeradas cuartillas velozmente tecladas durante el constante brío de una inspiración desordenada, entre novelística y lírica, que fluía como un poderoso Mississippi de prosa rebelde siempre desbordante de su

cauce; y después, su amigo, el periodista y editor Maxwell Evarts Perkins (quien, dice la dedicatoria, “fue leal al autor en épocas de amargo desaliento y no lo dejó hundirse en la desesperación”), colectaba los miles de folios, los numeraba, les daba un hipotético orden estructural y los publicaba con distintos títulos en separados libros que eran, sin embargo, vasos comunicantes. Así los libros *Mira hacia atrás, ángel*, *La araña y la roca*, *Del tiempo y el río*, y algún otro, formaron la saga escrita de una familia norteamericana, la de los Gant, quienes con otros nombres y otro apellido habían comenzado siendo los Wolfe realmente existentes.

La falta de estructura argumental, las exaltaciones retóricas de un incontrolado romanticismo whitmaniano (¿el de una especie de Walt Whitman en prosa y puesto al día?), más los excesos declamatorios de la *sobrescritura*, quizás han contribuido a que no pocas páginas de *Of Time and the River* hayan envejecido, pero creo que en muchas otras perdura el poderoso impulso narrativo / lírico, la intensidad de innumerables personajes constantes o fugaces y la crónica de un mundo y una época que iban volviéndose literatura mientras el autor aún los vivía. A final de cuentas, lo que quizá Wolfe habrá querido poner en el papel es una escritura a la vez ávida y todoabarcadora de momentos únicos e irrepetibles de experiencia en marcha, de los seres fascinantes y algunos casi alucinantes que le ofrecían América y Europa. Quería, como en otra parte dice, ser fiel a la memoria “de una plúda, de una hoja, de una no encontrada puerta... y de todos los rostros olvidados”.